

teorías como principio ya que “de hecho, los autores constantemente hacen distinciones entre factores pretendidamente distintos”.

La tarea de presentar una mirada sobre las distintas tradiciones y momentos de un campo de saber es una empresa siempre ardua y problemática debido a la misma naturaleza reflexiva e interpretativa de este ejercicio intelectual. El mismo supone intrínsecamente dosis de discrecionalidad y arbitrariedad al iluminar ciertas problemáticas, tradiciones, cortes temporales y al omitir o relegar a un segundo plano otras. En este sentido, con las limitaciones que se han apuntado aquí, *Sociologías de las ciencias* constituye un aporte para el campo de la sociología de la ciencia.

---

**CHRISTINE HINE****ETNOGRAFÍA VIRTUAL**

BARCELONA, EDITORIAL UOC, 2004, 191 PÁGINAS

JULIA BUTA\*

En este libro, Christine Hine nos presenta un lúcido trabajo acerca de internet desde una perspectiva poco frecuente en las publicaciones referentes a la temática; aunque con cierto retraso, tenemos la suerte de disponer en su versión traducida al castellano. Christine Hine trabaja actualmente en la Universidad de Sussex, aunque proviene de la de Brunel, donde se ha formado con grandes representantes de las corrientes sociológicas interpretativas como Steve Woolgar, Michael Lynch, Alan Irwin, Stuart Shapiro, entre otros. Su carrera ha transcurrido siempre en centros de investigación dedicados a los estudios sociales de la ciencia y la tecnología, y desde 2003 preside la Asociación Europea para Estudios en Ciencia y Tecnología. A través de 191 páginas la autora despliega, de un modo sumamente claro y ameno, cierta visión de la tecnología y de internet.

\* Investigadora UBA-IIGG.

*Etnografía virtual* es un libro sobre internet donde se hace explícita a cada momento la toma de posición acerca de qué se entiende por tecnología: en primer término, internet se concibe como un lugar donde se gesta la *cultura del ciberespacio*, el territorio *on line*, producto de la comunicación mediada por la computadora, donde se generan espacios de interacción social sumamente ricos para analizar; en segundo lugar, internet se comprende como un *artefacto cultural*, es decir, como tecnología que es una realización cultural, generada por personas concretas, con objetivos y prioridades contextualmente situados, así como también configurada por los modos en que fue comercializada y utilizada.

Entendida en su primera acepción, es decir, como un espacio de la cultura que en este caso es el espacio de lo *virtual*, advertimos que la concepción acerca de internet ha ido modificándose de acuerdo con la propia evolución de la tecnología: los intercambios producidos en el ciberespacio fueron mudando desde los esotéricos juegos de rol como los *dominios multiusuarios* (MUD), durante los comienzos de la década de 1980, hasta el extendido uso del correo electrónico, los foros de discusión o los canales de *chat* de nuestros días. Esto significa que se ha transformado la creencia pesimista que consideraba que la comunicación mediada por computadoras (CMC) ofrecía un espacio pobre y limitado de intercambio social, y frente a la consolidación del espacio *virtual* como un importante ámbito de socialización, la metodología propia de las ciencias sociales ha ido ganando terreno en los estudios de la red para dar cuenta de los nuevos fenómenos comunicacionales que allí ocurren. La autora recupera una gran variedad de investigaciones realizadas así como múltiples metodologías aplicadas en ellas, resaltando sobre todo la corriente de trabajos interpretativos frente a los de índole cuantitativa, ya que lo cualitativo es lo que permite estudiar el otorgamiento de sentido de las prácticas que los actores realizan en diferentes contextos.

Evidenciando profundo dominio de la literatura pertinente a esta mirada más desentrañadora del fenómeno social que significan los trabajos acerca de comunidades virtuales o el problema de la identidad en la red, Hine señala la importancia de la investigación etnográfica para el ámbito *on line*. “La etnografía mantiene un interés especial por el estudio de ‘lo que

la gente hace' con la tecnología y, una vez que interpretamos el ciberespacio como un lugar en el que se actúa, podemos empezar a estudiar exactamente qué se hace, por qué y en qué términos." Y aquí comienza el análisis de la trasposición de la etnografía del contexto *off line* al *on line*: si el etnógrafo tradicionalmente se traslada a la comunidad de estudio y permanece en ella durante un período de tiempo determinado, ¿cómo se hace etnografía del espacio *on line*? ¿Hay que estar conectado las veinticuatro horas del día? ¿Se pueden analizar foros sin participar en ellos? ¿En qué medida debe involucrarse el investigador con los sujetos de estudio?

Entendida como artefacto cultural, Christine Hine señala que internet recoge las peculiaridades que toda tecnología posee pero que se hacen sumamente evidentes en el caso de las TIC (tecnologías de la información y la comunicación): "la significación de una tecnología no existe previamente a los usos que le son atribuidos, sino que surge en el momento de ser aplicada". Es decir, que la tecnología posee significados sociales diferentes que se producen en contextos diferenciados y que poco tienen que ver con el significado otorgado por sus creadores. Si nos remontamos en la historia de internet, su origen está vinculado con un proyecto académico-militar de defensa frente a la posibilidad de un ataque externo, para lo cual la distribución de la información en una red minimizaría los efectos devastadores del enemigo. En el caso que la autora ha de tomar para su análisis, mediante internet se expresa un debate en torno al juicio de Louise Woodward, una adolescente inglesa que trabajaba como niñera en Estados Unidos y fue acusada de la muerte del bebé a su cargo, hecho que despertó diversas posturas en la sociedad que se puso a opinar a favor y en contra de la joven. El trabajo refiere a las vinculaciones del caso con internet, sobre todo a los usos que los diferentes actores sociales involucrados han hecho de la red, desde la actitud del juez de expedirse a través de ella y no de forma oral, hasta las listas y foros de debate y discusión que se generaron, en los que participaron y opinaron miembros del público en general.

El núcleo conceptual del libro radica en el tratamiento de la metodología utilizada, una nueva etnografía propuesta, la virtual, que es la que da título al libro; mientras tanto, también resalta las características constitutivas y específicas que posee

internet. A través de toda la obra, la autora va surfeando entre esos dos pilares nodales que son, a mi juicio, los mayores logros del libro. En cuanto a lo etnográfico refiere, la discusión acerca del *status* de la etnografía, de la posibilidad de realizar estudios etnográficos en un contexto *on line*, de la autoridad que el etnógrafo puede ejercer cuando no recurre al viaje como forma de desplazamiento tal como se hacía en los trabajos clásicos, la transformación de la *presencialidad* en la interacción cara a cara, son algunas de las cuestiones problematizadas. Con aportes que mezclan la tradición antropológica y en parte la sociológica, la etnografía se ha ocupado de interpretar su objeto de estudio en el relevamiento realizado por el trabajo de campo. El “campo” ha funcionado siempre como la delimitación del *locus*, el lugar, la *localidad* donde se produce el fenómeno *local* a observar. La peculiaridad de internet radica en que lo *local* queda atravesado por lo *global*, en un entramado de complejo deslinde donde el “nosotros” y el “ellos”, propios de dos universos culturales que se forman a partir de un recorte espacial, quedan desdibujados; y aquí se introduce el tratamiento de aquello que le es específico.

Retomando algunas nociones de Manuel Castells, Hine redefine que el espacio ya no es un lugar físico, sino una instancia de flujos que se organizan en torno a la conexión. Los flujos pueden ser de personas, información o dinero, que centrándose en algunos nodos producen asociaciones cada vez más alejadas de la idea de “lugar” en el sentido clásico del término. Esta nueva etnografía de la conectividad podría denominarse *multi-situada*, y debe quedar claro que no implica eliminar definitivamente la noción de espacio y los actores que en él se ubican, sino que se trata más bien de replantear –la autora dice utilizar “cierto grado de escepticismo”– certezas en las categorías con las que nos vinculamos al mundo. “En vez de catalogar las características de la comunicación por internet, el etnógrafo virtual no se pregunta qué es internet, sino cuándo, cómo y dónde es.” Siguiendo con la tradición antropológica, nos produce reminiscencias con la formulación de la hipótesis de Sapir-Whorf respecto de la relatividad lingüística; también Hine expone lo que las TIC, en especial internet, ponen de manifiesto, esto es, la relativización de las categorías kantianas de constitución de nuestra experiencia. Y si para Sapir-Whorf y sus indios cana-

dienses la cuestión pasa por lenguajes de raíces absolutamente diferentes, como son el indoeuropeos y el hopi, para Hine la “otredad” pasa por aquellas experiencias que sólo ocurren en la computadora, como son las experiencias que ocurren en internet. Es decir, la diferencia cultural es diferencia tecnológica, y esto es un supuesto fuerte.

El libro trata otros temas más, tal vez demasiados: además de revisar la categoría de espacio también lo hace con la de tiempo en la red, narra la configuración de la noción del usuario/autor, trabaja la noción de texto, expone con precisión cómo se hizo el trabajo de campo, plantea la temática de la autenticidad y la identidad en el espacio virtual; en fin, casi una revisión holística sobre las TIC. El amplio espectro abarcado que a veces molesta la lectura porque obliga a una dispersión temática, es una constante de casi todos los autores que escriben sobre internet, lo cual señala que, a pesar de la acumulación ya existente, la cuestión de las TIC sigue pujando por un tratamiento diferencial, incluso en el campo CTS. Es muy difícil precisar lo que ocurre con el uso de las computadoras y las tecnologías que le vienen adosadas a su uso, ya que las mismas no se limitan a ser una instancia de comunicación más sino que generan accesos a nuevos espacios de intercambio social. Y en este sentido, la autora se encuentra con esta dificultad y trata de sobrellevarla buscando reflexionar sobre algunas cuestiones –como el fundamento de la autenticidad y la identidad en el espacio virtual– que tal vez ya deberían darse por sentadas. A pesar de ello, la lectura del libro de Hine se transforma en algo absolutamente amigable ya que utiliza los recursos que la sociología de la ciencia y la tecnología le han brindado, lo cual, para alguien formado en la misma tradición disciplinar, produce una sensación de familiaridad digna de disfrutar.